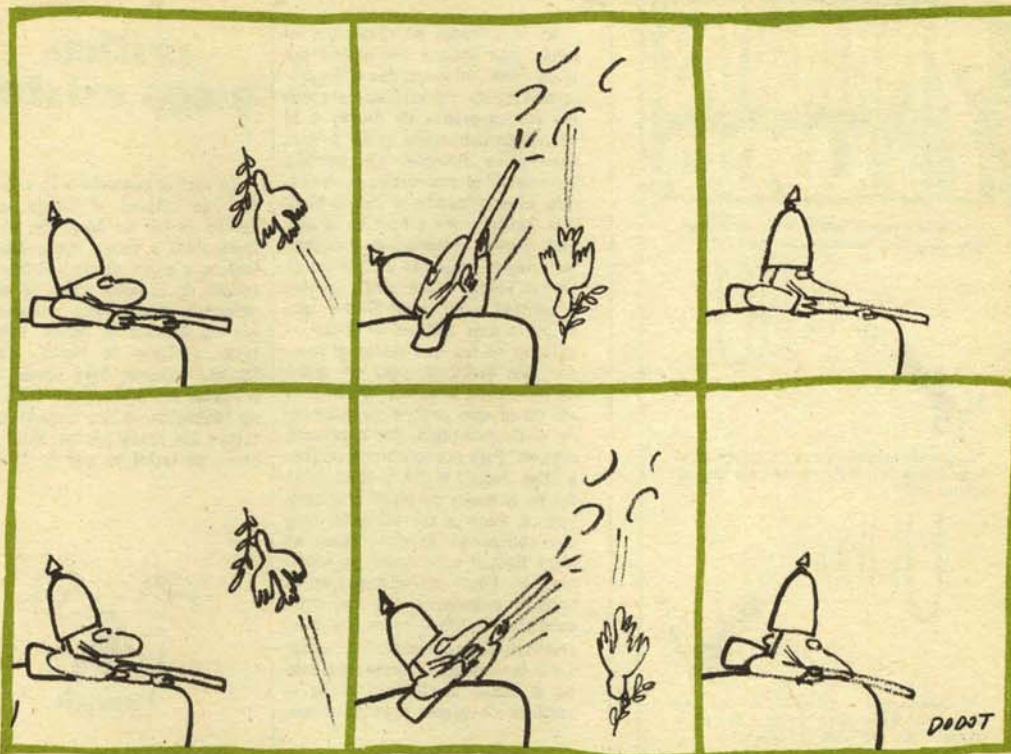




DIVAGACIONES TRASCENDENTALES

Para empezar, creo que el título merece una breve explicación divagatoria. Llevo toda la vida titulado de un modo humilde y comedido, muy por debajo de mis posibilidades, hasta el extremo de que me he convertido en un conejo triste y verdaderamente humilde. Me he humillado a mí mismo, y no sé por qué. Mis títulos siempre eran así: «Cosas efímeras»; «Pensamientos para andar por casa»; «Apuntes intrascendentes»; «Calderilla metafísica», entre otros empujones. Esto se ha terminado. Mis títulos serán desde ahora poderosos, y la energía cósmica de mis locuciones no la va a mejorar ni un subsecretario recién nombrado. Si un día me da por escribir, cosa que estoy temiendo, la «Decadencia de Occidente», mi título será la «Decadencia de prácticamente todo el mundo». ¿Por qué tengo que ser yo el único individuo humilde de este país? ¿Es que palabras como «fundamental», «inalterable», «las esencias», «espíritu», «salvación», «futuro», no están, para mí también, en el diccionario? Una especie de pudor irredento me ha empujado siempre no ya a dudar de las palabras, sino también de mí mismo. A diferencia de los toreros, jamás he pedido más dinero a los empresarios argumentando con la publicidad que yo mismo me pagaba. ¿Es que yo no tengo derecho a llamar nefasto al siglo XIX, y si me da la gana al XIV? ¿Es que no puedo yo soltarle una coza a Freud o decir que Sartre más que razón lo que tiene es un complejo de Edipo? ¡Hombre, por Dios! Ya está bien de componer finas analogías de proporción y metáforas suavemente escépticas. Lo menos que voy a decir desde ahora es caos, y a poco que me apuren digo consustancial, horda y contubernio. Porque lo que yo noto es que me estoy quedando atrás. Con mi tic del «parece ser», «no sabría decir sí», «supongo que en algún sentido», y otras tibiezas por el estilo, mi imagen está deteriorándose. Aparezco como un decadente exhausto, como un becqueriano somnoliento. Desde hoy me voy a aferrar a las grandes palabras como los ejecutivos se aferran a sus míticas carteras, y así me hago trascendente y mis divagaciones serán, para siempre, trascendentales. Es lo mismo que se me entienda o no, o lo que es más normal, que se me entienda demasiado. Lo que se juega es a otra cosa, no está ahí el busillis. Daré a las palabras ese acento de infinito que no da opción a nadie ni a nada, y así viviré, no sé si más, pero seguro que mejor, con la única pena de que el diccionario pueda sobrevivirme. Y ahora que he explicado el título, voy a mis divagaciones trascendentales. Esto...

LICANTROPO



Si encuentra un atracador en su cama, asegúrese de que su esposa no está con él. Si así fuera, simule turbación y excútese. Diga: «Perdón». Cierre la puerta, procurando no hacer ruido y salga corriendo antes de que el atracador dispare sobre usted su escopeta de cañón recortado.

Si no estuviera su esposa con él, cerciórese de que no es usted soltero. Eso, naturalmente, podría ser una buena justificación. Una vez hechas estas comprobaciones, fijese en si el malhechor lee las obras completas del Duque de Rivas, en si está dormido, o —esto sería lo ideal— si está muerto. Si lee al Duque de Rivas, no hay peligro. Seguramente, pese a su apariencia terrible, no es un atracador. Seguramente está preparando oposiciones a cátedras de instituto y ha



SI ENCUENTRA UN ATRACADOR EN SU CAMA

escogido su cama para estudiar, igual que haría usted mismo —¿Qué mejor sitio para leer que su propia cama?—. Ahora bien, si está dormido, átelo. Atelo fuertemente, con gruesas cadenas y márchelo con un hierro candente en el costado. Sáquele los ojos luego

y clávele una estaca de madera en el corazón por si, además de atracador, fuera vampiro.

En cuanto a la última posibilidad; es decir, en el caso de que el atracador estuviese muerto, no se amilane, no se acobarde, no se deje vencer por el terror. Salte sobre él y demuéstrele que usted es muy hombre y, por lo tanto, no le teme a ningún atracador, por muerto que esté. Golpéele la yugular con el canto de la mano, clave su rodilla diestra en el bajo vientre del criminal y remate su brillante actuación con una llave de judo que lo deje con la espalda en la lona. Quítele la escopeta de cañón recortado. Estos malhechores, una vez desarmados, son completamente inofensivos.

Sobre todo, si han fallecido con anterioridad. ■ TOLA.

